

claramente el nudo de la disensión con Ortega; dice Eugenio Noel con frase lapidaria: «Todo lo es a la vez la República: uno nada más todos sus problemas. Es la hora del pueblo y no la de los pensadores exquisitos. Es cuestión de Masa y no cuestión de Hombre. Un inmenso problema de Trabajo, nada más».

Valía la pena extractar el artículo porque en él se muestra claramente cómo lo que Noel —tras su primera admiración— critica al principal representante de su generación es una postura ética. Para el populismo de Noel, Ortega había cometido el principal pecado: no fundirse con el pueblo para conocer bien «la raza» española. Eso es lo que principalmente quiere realizar Noel en su obra de viajero.

II

El más famoso de los libros de viajes de Noel es *España, nervio a nervio*, publicado por vez primera en 1924. Se parece a los libros de viajes de sus predecesores (Unamuno, Azorín) en tratarse de una recopilación de artículos, previamente publicados. Y, como ocurre en aquéllos, las descripciones de ambientes o paisajes alternan con elogios de personajes (como Cajal o Julio Antonio), o reflexiones sobre hechos o figuras históricas.

Se podría intentar una clasificación de los tipos de artículos que el libro reúne:

a) Capítulos dedicados a pintar lugares de abolengo histórico, bien por ser escenarios de hechos de armas, bien por estar unidos a la biografía de un personaje importante o bien por ser escenarios de obras de ficción, centrales en nuestra literatura: «La agonía de los molinos de Criptana», «El águila sobre Numancia», «El Antipapa en Peñíscola», etc.

b) Capítulos que describen lugares naturales pintorescos, de gran belleza plástica o significativos de la geografía de una comarca española: «La olma de Pedraza», «La Paramera», etc.

c) Artículos que pintan el tipo de vida de grupos humanos peculiares de determinada comarca o que mantienen rústicas tradiciones, olvidadas ya en otras partes: «Ajo arriero», «Zurra con unos carboneros de Ruidera», etc.

d) Al contrario de los anteriores, predominantemente rústicos, los protagonistas de estos capítulos son personajes característicos de la vida de las ciudades o pueblos grandes, ya sea la propia de los casinos (titulados siempre «casinarias»), ya lo sea de los cafés y teatros cantantes (llamados «musicalias»).

e) Artículos dedicados a los toros.

f) Artículos dedicados a elogiar a personajes de la vida cultural.

El libro, por tanto, posee una unidad bastante laxa, que quizá más que en la temática abordada, tan varia, o en la zona geográfica recorrida, haya que buscar en el impulso que mueve al escritor a recorrer el país en busca de lo que se podría llamar el alma nacional y que Noel identifica muchas veces con un «espíritu ibérico» de muy difícil definición.

Esa difícil definición le obliga en determinados momentos a exponer como una duda científica, un remordimiento de conciencia por buscar algo que, quizá, sea

inexistente, según las últimas investigaciones de los sabios, pero tal escrúpulo es rápidamente apartado:

«Estamos hartos de saber que eso de la raza y espíritu de un pueblo no son más que circunstancias y fases por las que pasan las regiones. En su libro sobre *El prejuicio de las razas*, Finot nos ha convencido de ello; pero también estamos convencidos de que es más útil volver sobre las circunstancias para hacer obra ibérica que olvidarlos en nombre de Roberty o Thomson o Lubbock...» (pág. 56).

Nos detendremos más tarde en este modo de aportar citas de Noel, como meros nombres que no son utilizados o, lo que es más curioso, que son rechazados en nombre de un valor superior: las razas no existen, dicen esos sabios, pero vamos a seguir las buscando, se impone Eugenio Noel. Es como un apostolado que el escritor emprende, con grandes sacrificios¹⁰, para predicar o estudiar el «iberismo». ¿Qué es lo que Noel quiere buscar por los caminos españoles?

En principio, esta búsqueda tendría como fin hallar unos hipotéticos restos de las razas que habitaron España:

«No hay preocupación más excelsa que saber cómo ha sido la raza que habitó el país donde nacimos» (pág. 44).

Cuando se encuentra ante los restos de Numancia, Noel piensa en el «ideal de acertar con nuestros orígenes raciales» (pág. 45) y siente casi como una exaltación física al sentirse unido a unos antepasados cuya raza califica de «fuerte». «Gusta el pecho aspirar desde la Muela santa el aire vasto de la perspectiva, lanzar a ella su deseo y sentir que un día hubo en el sagrado mamelón soriano raza fuerte cuyo espíritu es todavía ejemplo». Los adjetivos «santa» y «sagrado» no dejan lugar a dudas sobre la exaltación religiosa que posee a Noel a la vista de las ruinas.

Más difícil parece la empresa de buscar esos rasgos del espíritu ibérico en los tipos humanos actuales que pueblan la tierra española o en las costumbres actuales de los campesinos, menos contaminados por la civilización industrial y por todo ello más cerca de un hipotético espíritu primitivo.

Cada vez, el término «ibérico» va perdiendo precisión, hasta adquirir una vaga connotación de auténtico o fuerte. Así se puede aceptar, con un esfuerzo de voluntad y olvidando precisiones históricas, que Trajano sea «aquel emperador romano, todo él íbero hasta los huesos» (pág. 25), pero la palabra pierde toda precisión cuando se habla de «una muerte ibérica», cuyas características son que no es «ni dulce ni rabiosa, ni angustiada ni suave» (pág. 92) o cuando pasa incluso a calificar objetos naturales o fenómenos meteorológicos, como cuando menciona «ese día tan ibérico».

En este sentido, no parece tener un idea clara de lo que va buscando en sus viajes, ni tampoco de lo que exactamente significa ese valor fundamental en sus escritos. El, que en tantos momentos presumió de sus conocimientos científicos, demuestra carecer aquí de juicio crítico.

¹⁰ «... en el penosísimo viaje que me impuse para conocer la vida de los ganados trashumantes, de los tramontanos, de estos celtíberos olvidados por todos y que son nada menos que la historia entera de la raza» (pág. 104).

También aquí se confirma lo afirmado por Angeles Prado, en un interesantísimo artículo sobre Noel:

«Persuadido de que está llamado a cumplir una “misión” en el mundo, elige un poco al azar la causa a que debe consagrarse, sin que, además, parezca en momento alguno haberse formado una idea clara y coherente de cómo llevar a cabo su propósito. No sólo sus ideas, sino también sus valores, aparecen confusos a través de sus escritos ¹¹.

Esa confusión se encubre a veces con una larga lista de autores que han tratado las más diversas materias. Como si no estuviese claro que habla un intelectual con conocimientos y hubiera que exponer continuamente las cartas de crédito, los avales, en forma de citas, frecuentemente poco pertinentes. Así, por ejemplo, en el capítulo «La agonía de los molinos de Criptana» se menciona a los siguientes comentaristas del *Quijote*: Bowle, Pellicer, Clemencin, Hartzzenbusch, Marín, Navarrete (pág. 20) como una simple lista, sin que sea utilizado nada de lo que han escrito. En «Numancia» se menciona una nutrida lista de geógrafos y arqueólogos (pág. 44); nociones médicas muy dispares son mencionadas en la página 46, científicos de muy variado porte son relacionados en la página 75, etc. Y siempre con la misma característica: son una pura exhibición de nombres o enunciados de temas científicos, que no se utilizan en el artículo como base para la expresión de teorías propias.

En eso consiste, creo yo, lo que se puede llamar «pedantería» de Noel, en una desvinculación entre la erudición y la cultura ¹² o, dicho de otra manera, en la exhibición de un saber que, aunque adquirido con el notable esfuerzo personal que sus biógrafos y él mismo relatan, no ha sido luego aprovechado intelectualmente para crear unas teorías más rigurosas.

Eso le lleva a caer en errores que serían fácilmente excusables, ya que en numerosas ocasiones son cometidos en frases incidentales que se podría haber ahorrado. Citemos algunas, no por afán de precisar cominerías eruditas, sino para poner de relieve cómo la cultura de Noel tenía, a veces, fallos elementales, mientras, por otro lado, se enorgullecía del conocimiento superficial, a veces puramente nominal, de autores y teorías extranjeros. Así, en *España, fibra a fibra* confunde a Rosalía de Castro con Curros Enríquez:

«¡Oh, altas esferas, acordaos de aquella galleguita de la poesía de Curros y cómo ella pedía un novio, por pequeñín que fuera; dadnos un parlamento, por caridad...» (ed. cit., pág. 11).

O como en otro momento de la misma obra habla del «heautontimoroumenos de la comedia griega» (pág. 120) ignorando que es obra de Terencio, en un símil del que podría haber prescindido con toda tranquilidad.

Ese desbordamiento vital y expresivo es característico de toda la obra de Noel.

¹¹ ANGELES PRADO: art. cit., pág. 3.

¹² Angeles Prado en su interesante libro, fundamental para el estudio de Noel, *La literatura del casticismo* afirma, refiriéndose a sus primeros relatos: «Hace alarde de sus conocimientos, recargando la narración con citas librescas y alusiones pedantescas que parecen sacadas de un catálogo enumerativo, y que no tienen verdadera función, si no es la de ostentar los conocimientos del autor.» Madrid, Edit. Moneda y Crédito, 1973, pág. 138.